

Templo llamado del Diente de Buda, en la ciudad cingalesa de Kandy. La población de Ceilán, que durante mucho tiempo fue el centro de la vida budista del sur de la India, adquirió, al poco de su conversión, un diente de Buda, venerado siempre en un templo y festejado cada año con una procesión.

Predicación y evolución del budismo

El Buda, como todos los grandes fundadores, se resistió a dogmatizar su fe y, sobre todo, a sistematizar la liturgia. Es probable que, en un principio, creyera sólo aclarar algunos puntos dudosos de las escuelas brahmánicas. Después, al hacerse evidente que su predicación iba a ser más que una simple "reforma", el desdén por las prácticas y los ritos establecidos se le escapa en palabras casi violentas. "No os preocupéis de lo que hay que comer ni de lo que hay que decir... ¿De qué os sirven la tonsura y el hábito de monje si vuestros malos pensamientos os ensucian?"

En materias teológicas, la estrategia del Buda es la de Sócrates y otros mayores que él: considera vano tratar de averiguar el origen y el fin de las cosas. Un día un monje le pregunta: "¿Es que este mundo tendrá fin? ¿Subsiste el santo después de la muer-

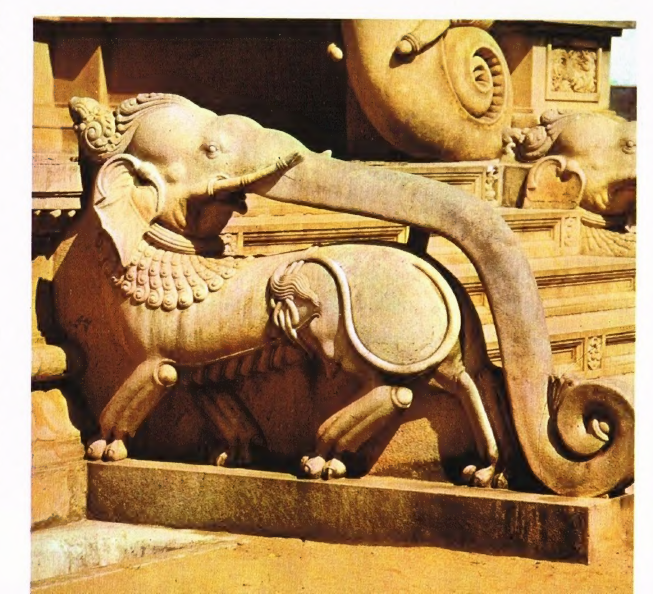


te?...". Y el Buda responde: "Si uno me hiere con una flecha envenenada, y mis amigos y compañeros tratan de curarme, ¿crees tú que voy a decirles: Esperad, vamos a ver quién me ha herido?... La vida religiosa no depende de si el mundo es eterno o tiene fin, ni tampoco depende de si existimos o no después de la muerte".

No se podía hablar más claro; sin embargo, durante toda su vida los monjes le asediaron con esta interrogación: "¿Quién ha hecho el universo? ¿Adónde irá a parar en su hora final?". El Buda contestó siempre que no quería saberlo: "Cuando el fuego se apaga, ¿te preguntas tú acaso si se ha ido hacia el Norte, o hacia el Sur, hacia el Este o hacia el Oeste?...".

Sabido esto, no es de extrañar que, después de la muerte del Buda, empezaran las disputas teológicas, las divisiones en sectas, el culto de sus imágenes y reliquias, y se procediera a la divinización del fundador. La leyenda del Buda, tal como la cuentan hoy la mayoría de los "creyentes", es algo diferente de la sencilla historia que hemos narrado en el capítulo anterior: los dioses acuerdan que ha llegado por fin la hora de que el futuro Buda se encarne en un mortal. El Buda escoge su tiempo, el país (o sea la India), el lugar, la familia y la madre de que habrá de nacer. La mujer elegida es llevada

El gran stupa de Sanchi, localidad de la India central, una de las construcciones funerarias búdicas más antiguas y famosas, que se remonta al último siglo antes de Jesucristo o primero de nuestra era.



Un detalle de un templo budista cercano a Colombo, en Ceilán. Según la tradición, el rey Asoka envió a Ceilán a su propio hijo Mahinda para convertir a la fe budista a todos los habitantes de la isla. Una tradición anterior, del todo infundada, pretende que fuera el propio Buda quien predicó su doctrina en Ceilán.

Terracota kmer que representa a Buda meditando (Museo Real de Arte e Historia, Bruselas). La austeridad del budismo primitivo, excesiva para el gusto del pueblo, siempre necesitado de la ayuda de seres sobrenaturales, se fue relajando hasta la pronta deificación de Buda.



por cuatro ángeles a una de las cimas del Himalaya, donde se le aparece el futuro Buda en forma de un elefante blanco. Después de dar tres vueltas en torno a la que ha de ser su madre, la aparición se encarna en aquel seno femenino, que se hace transparente. Como en un santuario de cristal, el futuro Buda pudo distinguirse durante diez meses, tiempo que duró su gestación. La madre del Buda murió siete días después de darlo a luz, y ascendió a los cielos sin tardanza. No hay que decir que todo se verifica con gran abundancia de prodigios. Análogamente, exagera la leyenda la predicación del Buda. Al que no se movió de los alrededores de Benarés, se le hace ir dos veces a la lejana isla de Ceilán y se le atribuyen multitud de milagros, como el de andar sobre las aguas, etc.

De la misma manera se atribuyen al Buda varios catálogos de preceptos morales, catecismos fáciles de recordar, y hasta cierto punto impregnados de su doctrina; por ejemplo, los cinco mandamientos o Pentálogo: No matarás, no destruirás ningún ser viviente. No tomarás nada que no te lo den. No mentirás. No beberás licores alcohólicos. No fornicarás.

Otras listas de pecados, virtudes, preceptos de vida monástica, ejercicios de meditación espiritual, coloquios edificantes, todo se encuentra en la literatura budista, y gran parte de ello atribuido al Buda. Lo más probable es que mucho de ello sea postizo, pues el Buda no escribió nada, y la primera compilación de sus doctrinas ha llegado ya hasta nosotros mezclada con gran cantidad de materiales extraños.

He aquí ahora la historia del budismo, tal como ha sido posible restablecerla por medio de datos vagos e incompletos. Inmediatamente después de la muerte del Buda, sus discípulos se reunieron en Rajaga. Sólo quinientos monjes asistieron a esta asamblea. La reunión se celebró en una cueva, preparada por el rajá de la localidad. La tradición supone que en esta cueva los reunidos fijaron en forma métrica y cantada los discursos del Buda y las reglas por él dictadas; algunos de sus discípulos recordaban

LA INDIA: DE BUDA A NUESTRA ERA

A los años oscuros del período prebúdico, imposible de historiar por falta de fuentes de primera mano, sucede una época de la que la indiscutible existencia histórica de Buda, por un lado, y la presencia y dominación de los soberanos de Persia en el noroeste de la India, por otro, han dejado numerosos testimonios, tantos y tan válidos que gracias a ellos la India entra en el concierto de la historia universal.

Desde hacía mucho tiempo varios reinos habían coexistido en el norte del país. Al principio, el más importante fue el reino Kashi. Luego, los de Kosala y Magadha le quitaron la supremacía y ejercieron un verdadero control en toda la llanura del Ganges. Otro grupo tribal, los Vriyis, que los historiadores prefieren calificar de república debido a su organización, intentó desempeñar también su papel político en el Norte. Pronto no hubo más que estos cuatro rivales, cuyas luchas por la preeminencia política en el Norte duró lo menos cien años, al fin de los cuales el reino de Magadha salió victorioso y se afirmó como centro de la actividad política del país durante algunas centurias. El rey más importante de Magadha fue Bimbisara, que reinó en la segunda mitad del siglo VI a. de J. C. Su política matrimonial con la nobleza del reino de Kosala logró una notable influencia más allá de sus fronteras. Su obra interior se centró en la organización de una administración eficiente y en la reglamentación del trabajo y la vida.

Paralelamente al reinado de Bimbisara, hacia el año 536 a. de J. C., Ciro, el emperador aqueménida del primer imperio persa, cruzó el Hindu-Kush y recorrió algunas tierras del noroeste de la India, imponiendo el pago de un tributo a las tribus de la región del Indo, concretamente a la de Gandhara. Su sucesor Darío I, cuyo reinado se prolongó a los primeros años del siglo V, consolidó la invasión del noroeste de la India y conquistó las tierras del valle del Indo y del oeste de Punjab. Estas regiones, que coinciden con la anteriormente citada zona de Gandhara, quedaron convertidas en la satrapía XX del Imperio persa, que, según testimonio del gran Heródoto, pagaba mayores tributos que cualquier otra satrapía por ser de las más populosas y ricas. En ocasión de las guerras médicas, que enfrentaron a los persas con los griegos, tenemos noticia de que un numeroso grupo de mercenarios indos procedentes de esta región lucharon en las filas de Jerjes.

Bimbisara fue asesinado en 493 por su hijo Ajatashatru, que se proclamó rey. No parece que su conducta obedeciera a un desacuerdo con la forma de gobernar de su padre, pues él siguió la misma política expansiva mediante la conquista militar. Además de anexionar a sus dominios el reino de Kosala, casi por sucesión familiar, también conquistó el de Kashi y la confederación de los Vriyis tras una guerra de dieciséis años. En 461 murió, asesinado como su padre, y le sucedieron cinco reyes cuyo derecho sucesorio era reclamado por cada uno de ellos a título de regicidio. Uno a uno fueron depuestos por el pueblo, el cual en 413 proclamó rey a Shishunaga, cuyos sucesores gobernaron aún medio siglo.

Al cabo de este tiempo el trono fue usurpado por Mahapadma Nanda. La corta dinastía de los Nanda llevó a cabo dos realizaciones concretas: un sistema de canales de riego y la organización de un ejército, cuya eficacia exageraron, sin duda, los historiadores griegos para ensalzar el poder de su propio ejército. En realidad, el ejército nanda no pudo entrar en combate con los griegos, ya que la campaña de Alejandro Magno no pasó del Punjab y ellos estaban mucho más al Este.

Las relaciones de Alejandro con la India del Norte han sido exageradas con frecuencia. Es históricamente cierto que en 331, cuando se enfrentó al ejército de Darío III en la batalla de Issos, pudo apreciar la fortaleza del contingente indo, basado en un grupo de elefantes adiestrados para la guerra. Probablemente era la primera vez que su ejército se encontraba ante medios bélicos parecidos, que debieron causar a sus soldados la sensación de algo fantástico y desconocido, sensación que más tarde condicionó posiblemente su conducta. La batalla de Issos fue la puerta abierta por la que Alejandro penetró en Asia.

En su irresistible avance conquistó la Bactriana, cruzó el Hindu-Kush en la primavera de 327 y pasó el resto del año subyugando a las tribus del noroeste de la India, que, si bien se le opusieron –como el famoso rey Porus de una de aquellas regiones, que perdió contra él la batalla de Hidaspes–, no lo hicieron con la suficiente fuerza para detener su empuje. Tras esta victoria, las tropas de Alejandro se negaron a seguir avanzando por tierras desconocidas. Sobre esta decisión y la rápida retirada se ha escrito mucho, pero es difícil averiguar las causas que la motivaron. En 324, el ejército griego en retirada llegó a Susa, en la Persia, y Alejandro murió el año siguiente.

Muy pocos años después de su muerte, las últimas huellas de la autoridad griega en el Punjab habían desaparecido. Los reinos que se estaban formando en la llanura del Ganges quedaron tan poco afectados por la campaña de Alejandro Magno que su nombre ni siquiera figura en la literatura del país. Esto, que pudo ser olvido natural, pudo también obedecer al cariz que, inmediatamente después de la marcha de Alejandro, tomaron las cosas en la región. Si algún héroe ha sido creado por la tradición inda como reacción nacional contra las conquistas macedonias, éste es Chandragupta Maurya, miembro de una oscura dinastía que subió al trono de Magadha cuando ya este estado había perdido toda su preponderancia. Reinó de 313 a 289 a. de J. C. y estableció su corte en la ciudad de Pataliputra.

Cuando, en 312, Seleuco Nicátor llegó a ser rey de todo el oeste de Asia, organizó una campaña guerrera para redescubrir las provincias indas de Alejandro y someterlas a su dominio. Su pretendida invasión fue rechazada por Chandragupta, que, dueño ya del valle del Ganges, fortaleció el vacío dejado en el noroeste de la India por la retirada de Alejandro. De esta manera, el poder de los Mauryas fue pronto conocido por Seleuco I, quien, modificando la brusca política de un principio, envió a la corte maurya como embajador al griego Megástenes, que recorrió toda la India. Incluso se asegura que una hermana del rey, con un séquito de mujeres, fueron a la corte de Pataliputra y se unieron a los altos dignatarios del reino maurya. Los testimonios de la época ponen de manifiesto que Chandragupta, a quien los griegos llamaban Sandrokottos, trató siempre con Seleuco de igual a igual.

De 298 a 273, Bindusara, hijo de Chandragupta, reinó en el trono de su padre. Los griegos le llamaron Amitrochates y sabemos de él que fue un gran sibarita, pues en todas sus legaciones pedía a Antíoco I vinos dulces, higos secos y otras delicadas frutas del Asia Menor. A su muerte, todo el subcontinente indo estaba bajo el dominio de los Mauryas. Sólo una zona, llamada Kalinga, en la costa este de la India, permanecía sin someterse. Y éste fue el empeño de su hijo y sucesor Asoka, que reinó de 273 a 232 a. de J. C. Su reino comenzó en sangre, con el asesinato de su hermano, y continuó en una campaña feroz para la conquista de Kalinga.

Según las fuentes de que disponemos, más de cien mil habitantes de esta provincia fueron pasados a cuchillo y otros tantos fueron deportados. Después de esta terrible campaña se convirtió al budismo y todo cuanto hizo durante su reinado estuvo inspirado por las doctrinas de Buda. Su reino fue el primer reino budista y Asoka el primer soberano de un gran imperio que prefirió la vía de la justicia a la de la fuerza y que consideró siempre la ley moral como clave de la acción pública. La religión se expandió por todo su reino y se multiplicaron los stupas, edificios religiosos conmemorativos de la muerte de Buda, y las inscripciones en estelas públicas proclamando el nuevo orden de cosas. En una de estas inscripciones se hace mención de Antíoco II de Siria, nieto de Seleuco Nicátor, y de Tolomeo III Filadelfo de Egipto.

A la muerte de Asoka su imperio comenzó un declive político, motivado quizá por la nueva política impuesta de no violencia, de la que derivaba una merma en la organización militar, o quizá por un debilitamiento general de la economía. Cir-

cuenta años reinaron aún los Mauryas en el valle del Ganges, al final de los cuales su reino desapareció y no subsistió de él más que el núcleo primitivo, la región de Magadha, en donde de 176 a 64 a. de Jesucristo reinó la nueva dinastía de los Sungas. Éstos eran una familia de brahmanes procedentes del oeste de la India, donde habían servido en armas a los Mauryas. El fundador de la dinastía Pushyamitra asesinó al último Maurya y usurpó su trono.

Pronto empezó una nueva política, tan opuesta a la anterior como la doctrina brahmán se opone a la budista. Las luchas contra Kalinga y contra los enemigos que amenazaban las fronteras norte y noroeste, China y Grecia, continuaron, pero con signo desfavorable. De hecho, el territorio se fue empequeñeciendo hasta quedar reducido a Magadha. La situación continuó en precariedad de condiciones bajo la dinastía de los Kanyas, que sucedieron a los Sungas y reinaron hasta el 28 antes de Jesucristo.

Pero todo esto no era sino la lenta agonía de un reino sentenciado a muerte. De hecho, desde el final del reinado de Asoka, el destino político de la India pasó de las manos de los nativos a las de pueblos extranjeros. El centro de gravedad del país se había desplazado desde el Ganges medio al Hindu-Kush, en donde los estrategas griegos continuaban su avance y ocupación. En algunos textos búdicos se cita a Demetrio (189-175) y a Menandro (155-130), su sucesor, que llevaron el límite de sus estados griegos hasta el Ganges superior y probablemente llegaron hasta la capital Pataliputra. Pero las luchas fratricidas debilitaron su influencia en la India, en la que se vieron sustituidos por otros pueblos provenientes del Nordeste, los Sakas, traducción inda de escitas. En este momento en que los griegos están desapareciendo de la escena inda nace el arte grecobúdico, cuyas estatuas de Buda, de formas apolíneas, son el más conocido testimonio.

A fines del siglo I de nuestra era, un tercer pueblo, los chinos, apareció en la escena inda con la fundación del imperio de los kushanas. Anteriormente los chinos se habían establecido en la Bactriana y luchado contra los últimos reyes griegos del territorio, Hipóstratos y Gondofernes, a cuya corte se dice que fue Santo Tomás desde Palestina en la primera mitad del siglo I. El imperio kushana fue el último de los grandes estados extranjeros en la India. Su principal rey, Kanishka (144-185), se convirtió al budismo, doctrina que, de esta forma, entró en la China a través de la ruta de la seda. Al cabo de un siglo de su reinado, el imperio kushana ya había dejado de desempeñar un papel importante en la India. El antiguo país ario estaba presto a renacer. Pronto Magadha llegaría de nuevo a ser el corazón de un gran imperio indígena creado por la dinastía de los Guptas.

V. G.

muy bien los preceptos monásticos, y otros, como Ananda, tenían más presentes las reglas de moral. El resultado de esta primera asamblea fue la primera redacción de las santas escrituras budistas, llamadas *Pitakas,* que quiere decir "cestos", donde se guardaron los textos.

La segunda reunión, celebrada cien años después en Vaisali, ya dio lugar a disputas. Un grupo de monjes pretendía la concesión de las llamadas *Diez indulgencias,* que son: 1, libre uso de la sal; 2, licencia para comer algo sólido después de mediodía; 3, dispensa para no observar estrictamente la regla yendo de viaje; 4, libertad para tomar órdenes y confesar fuera del monasterio; 5, que en lugar de solicitar permiso previo para hacer algo, pudiese el monje obtener licencia después de haberlo hecho; 6, libertad de atenuar un poco la severidad de la regla al tratar de atraerse a un extraño; 7, que se pudiese beber leche por la tarde; 8, que se pudiesen beber licores alcohólicos cuando son transparentes y claros como el agua; 9, que fuese permitido sentarse sobre tapices cuando éstos no tienen orlas; 10, que se les permitiera poseer oro y plata a los adeptos de la orden. Casi lo opuesto a lo que predicó el Buda.

¡Qué materias tan ajenas al espíritu del fundador, y qué motivos de disputa tan mezquinos, sólo un siglo después de la muerte del Buda! De momento, en esta asamblea de Vaisali triunfaron los ortodoxos y las *Diez indulgencias* fueron condenadas. Pero en otra reunión celebrada por los disidentes, éstos



Una estela de basalto negro procedente de Bihar que representa un bodisatva (Rietberg Museum, Zurich). La iconografía de Buda le representa siempre con las mismas características: de pie o sentado sobre las piernas replegadas; una protuberancia en el cráneo, símbolo de santidad; un lunar en la frente, y huellas de las sagradas ruedas en sus manos.

El stupa chaitya de Nalanda, en Bihar, construido en la época gupta.



Placa de marfil con dos figuras indas (Museo Guimet, París). El arte del relieve, empleado con profusión por los artistas hindúes para decorar los paneles de los stupas y los pilares de las puertas, llegó a una gran perfección, como puede apreciarse en estas figuras animadas de un movimiento de danza.



acordaron separarse de la comunidad. Tal fue el primer cisma que se produjo, y pronto se contaron hasta dieciocho sectas.

Por fortuna para el budismo, a mediados del siglo III a. de J. C. un gran monarca de la dinastía de Pataliputra se convirtió a la nueva religión. Su nombre es Asoka, y ha sido llamado erróneamente el Constantino del budismo por los occidentales, mientras en toda el Asia su nombre es venerado como el de un rey santo. Asoka fue un espíritu superior y una alma creyente, no un astuto gobernante que se aprovechó de una idea religiosa para sus fines políticos. Cuanto más conocemos a Asoka, más le admiramos.

Era nieto de Chandragupta, el que derrotó a Seleuco, el diadoco sucesor de Alejandro, cuando intentaba hacer valer sus derechos en la India. Los monjes, que han querido ponderar los beneficios que se derivaron de su conversión, describen a Asoka como un monstruo de crueldad antes de aceptar el budismo. Sea como quiera, lo positivo es que hacia el año 270 a. de J. C. sucedió Asoka a su padre, después de sostener una guerra contra su hermano mayor, que también se presentaba como pretendiente a la corona. Los dominios de Asoka eran vastísimos, y debía de estar en camino de conquistar toda la India cuando ocurrió su conversión. Asoka mismo nos cuenta, en uno de sus edictos grabados en la roca, los detalles de este cambio en él producido por la contemplación de los sufrimientos, miserias y desolación que eran consecuencia de

Jambhala, dios de las riquezas en el hinduismo búdico, de aspecto ridículo por su exagerado abdomen, lleva siempre en sus manos un limón (Museo Guimet, París). Este bronce procede de Java y fue objeto de culto popular, incluso entre los adoradores de Buda.



sus campañas. Las palabras de Asoka son más de rey que de letrado y dicen, con alguna confusión, poco más o menos, lo siguiente:

"Después de ocho años de reinado, el Rey procedió a conquistar a los kalingas. Ciento cincuenta mil personas fueron vendidas como esclavos, otras cien mil fueron muertas en los combates y muchas más perecieron de resultas de la guerra.

"Pero inmediatamente después de la anexión de los kalingas, el Rey sintió la necesidad de proteger la Ley y de extender su conocimiento a los que la ignoraban. La conquista de los kalingas fue causa de profundo dolor y arrepentimiento para el Rey...

"Ésta es la más grande conquista del Rey, la conquista de la ley de la Piedad, y por esto ha tratado de extenderla hasta seiscien-



Un relieve hindú del siglo VI, en la época de la expansión budista a las montañas del Tíbet (Museo Nacional, Nueva Delhi).



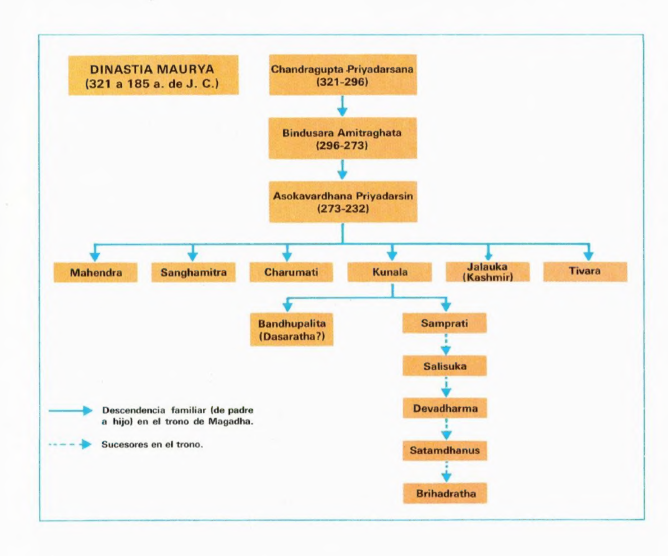
Marfil del siglo I que representa a un príncipe indo cazando sobre su montura en medio de una exuberante vegetación (Museo Guimet, París).

tas leguas más allá de los confines de su tierra, enviando misiones al rey Antíoco, y a los cuatro reyes que habitan al norte de Antíoco (Tolomeo, Antígono, Magasmo y Alejandro), a los reyes del Sur, a los cholas, pulindas, Cambodge, etc.

"Ésta es la conquista única que llena de alegría, la conquista de la Ley. El Rey considera que produce beneficio únicamente lo que aprovecha para la otra vida. Y por este motivo ha escrito este edicto y también para que sus hijos y nietos no se crean obligados a conquistar nuevos territorios. Y si por alguna razón tienen que tomar las armas, que lo hagan con paciencia y bondad, y recordando siempre que la verdadera conquista es la que se obtiene con piedad; ésta sirve para la presente vida y la futura."

En realidad, poco es lo que trasciende del budismo en el texto de este edicto. Se percibe una alma sincera, piadosa, pero no se distingue bien lo que se entiende por Ley. En otros edictos, Asoka es ya más explícito: se muestra vegetariano, por lo menos prohíbe que se maten animales para sus comidas, y repite la frase familiar entre los budistas: "Todos los hombres son mis hijos". Asoka condena las fiestas tribales en lugares altos, especie de romerías, donde se perpetúa la superstición; aconseja el respeto a los brahmanes y ermitaños, el amor a los padres, la caridad con los esclavos y sirvientes, la liberalidad, la tolerancia y la modestia. Por fin, en otro edicto, emitido con motivo de un concilio celebrado en Patna, el rey se muestra francamente budista y trata de dar consejos a los monjes:

"El Rey os desea, oh monjes, salud y felicidad. Ya sabéis mi gran respeto y reverencia por el Buda, la Ley y la Orden. Todo lo



Relieves del arco de la entrada norte del stupa de Sanchi, India.



que el Buda dijo, está bien dicho y la Ley es eterna. Éstos son los pasajes de la Ley que debemos recordar (y aquí siguen seis pasajes de las escrituras budistas)... y espero que constantemente meditaréis sobre ellos... Por esto los he mandado grabar aquí, para que sean bien conocidos".

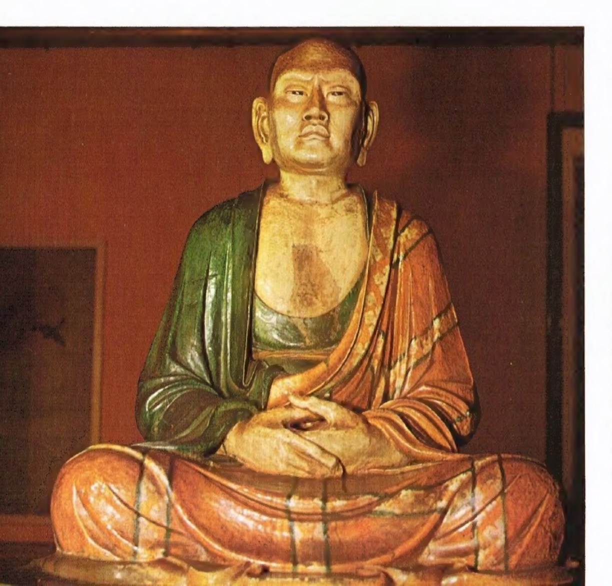
Recordando la actuación de otros "protectores de la fe", creeríamos encontrar a Asoka entretenido en disputas teológicas e impaciente por imponer la salvación a sus súbditos. Pero Asoka cuidó de los caminos, fundó hospitales, reguló la caridad, prohibió la mutilación de animales, plantó árboles... Claro que, con su fe sincera, no podía dejar de visitar los lugares santos, y como peregrino restauró y edificó monumentos conmemorativos en los sitios venerados por el recuerdo del fundador o de otros miembros ilustres de la orden. Así, por ejemplo, el famoso *stupa* o túmulo de Sanchi. Asoka quiso enriquecerlo con la magnífica cerca esculpida que es todavía la joya más preciosa del arte hindú. En cambio, en el mismo lugar, otro *stupa* más modesto cubría las cenizas del misionero Magima, enviado por Asoka a predicar el budismo en los valles altos del Himalaya.

De las misiones enviadas por Asoka, después del concilio de Patna, la que produjo

Relieve grecobádico del siglo III*, hallado en Afganistán, que representa a un bodisatva en su trono (Museo Guimet, París). Entre los siglos* III *y* IV*, el budismo pasó de su India nativa a varios países del Asia central y periférica. Más tarde se fundió con el taoísmo y confucianismo, formando la compleja amalgama del pensamiento religioso chino.*



Porcelana china del siglo VII *que representa a un apóstol budista (Museo Británico, Londres). La expansión que desde Asoka experimentó el budismo hacia los países circundantes de la India fue hecha por obra de monjes misioneros, budistas auténticos en plena vivencia de los ideales de la renuncia total predicada por Buda.*



mejores resultados es la que mandó a Ceilán. Asoka envió como misionero a la perfumada isla del sur de la India a su propio hijo Mahinda. El rey de Ceilán quiso honrarse a sí mismo haciéndose coronar otra vez por el enviado de Asoka, y los monjes fueron alojados en una colina cerca de la capital. La tradición añade que llevaban como reliquia un hueso del Buda y el texto íntegro de las *Pitakas*.

Más tarde una hija de Asoka fue a reunirse con su hermano en Ceilán para establecer allí monasterios de monjas análogos a los de los hombres. Esta princesa misionera llevó también a Ceilán un recuerdo del Buda: trasplantó allí un retoño del *bo* o higuera silvestre debajo de la cual obtuvo el Buda la iluminación. Asoka en persona fue a buscar esta rama preciosa y así, mientras no quedan trazas del verdadero *bo* de la selva de Uruvela, el árbol de Ceilán extiende aún su ramaje milenario sobre una terraza cuidada por los monjes. Aquel venerable árbol que todavía se conserva con vida en Ceilán fue plantado el año 288 a. de J. C. y una profecía dice que florecerá eternamente.

La intervención de Asoka hizo que los

SECTAS Y ESCUELAS BUDISTAS

Asegura la tradición que un tal Subhadda, monje budista, hombre de edad avanzada y algo achacoso, al enterarse del fallecimiento del "Iluminado", dejó escapar estas palabras con aire de alivio: "Ahora que el Gran Asceta ha desaparecido, podremos conducirnos como mejor nos plazca". En estas frases se encerraba el destino del budismo. El Buda, según se afirma en los centenares de leyendas, había previsto o profetizado la escisión de quienes seguían sus "medicinales enseñanzas".

Poco después de la muerte del Iluminado, ya se convocó un "concilio". Se afirmaba que había tenido su origen en cierto descuido del discípulo Ânanda. La cosa ocurrió así: el maestro, en sus últimos momentos, le dijo que si alguna vez las "reglas secundarias" constituían una carga excesiva, podían dispensarse o incluso suprimirse. Pero Ânanda no preguntó al Buda qué debía entenderse por "regla secundaria". Las consecuencias de este olvido tuvieron importancia. Hay quien sostiene que, debido a él, las sectas budistas florecieron con la fuerza de la vegetación que nace en terreno fértil y propicio.

Tanto la tradición en lengua sánscrita como la que utiliza el *pâli* como medio de expresión concuerdan en admitir que, al poco tiempo de morir el Buda, unos quinientos monjes, hombres avanzados en la virtud, se reunieron en Rajagaha para deliberar acerca de las costumbres y doctrinas. Cien años después se reunió otro concilio, conocido con el nombre "De los setecientos". Parece ser que las reuniones de este tipo continuaron, y de este modo, después de los concilios, de modo casi automático, iban apareciendo un mayor número de herejes y disidencias. Muchas sectas budistas reconocen su origen en un determinado concilio, pero, como es natural, se presentan como las depositarias exclusivas de las normas y doctrinas originarias.

Es bastante difícil establecer en total el número de sectas budistas. Algunos señalan dieciocho ramificaciones a partir del tronco originario, otros sólo aciertan a ver seis, en tanto que hay quien enumera treinta y seis. El budista chino Fan-Yen, hombre meticuloso, contó setenta y seis... Parece, pues, que la determinación de las sectas era delicada cuestión de matiz y buen ojo. Además, para complicar algo más el asunto, ciertos pensadores budistas pasaron de una a otra secta, de modo que sus enseñanzas corresponden a distintas escuelas según la época en que aparecieron.

Al correr de los tiempos, las diferencias fueron adquiriendo volumen. Hacia los inicios de nuestra era aparecen ciertamente dos tendencias generales. Por una parte, se encuentra el llamado "Pequeño Vehículo" (Hinayâna) o budismo de la vía estrecha, y por otra, aparece el "Gran Vehículo" (Mahâyâna) o budismo de la vía anchurosa.

El "Pequeño Vehículo" sostiene que la salvación es tarea individual que debe alcanzarse en dura ascesis. El santo *arhat* gana las excelencias del Nirvâna mediante su propio esfuerzo. Es algo así como un camino aristocrático de salvación, a pesar de la gran humildad de los monjes. Por otro lado, el "Gran Vehículo" despliega una acción propagandística de atracción de masas. Sustenta el principio de que muchos podrán salvarse gracias a los méritos de aquellos que ya han logrado la total liberación.

Los adeptos llamados "santos", una vez han logrado emanciparse de las ataduras que ligan a las existencias inferiores, pueden renunciar misericordiosamente a la gloria para rescatar a los demás. Aceptan, de nuevo, los sufrimientos de la existencia con objeto de aliviar los dolores de las restantes criaturas. Entonces la "salvación" no es solamente el resultado de un heroísmo particular; también puede obtenerse gracias a los méritos de un "bodhisattva", es decir, de un mediador, gracias al cual muchos pueden salvarse.

El noble ideal que lleva implícito esta tendencia suele expresarse en estos himnos: "Mientras sufran los vivientes no puedo tener alegría. Deseo que terminen los sufrimientos en todas las zonas del universo. Deseo que el dolor desaparezca, que no haya defectos ni enfermedades, que no haya hambre ni sed, que los ciegos vean y los sordos oigan y que las mujeres puedan parir sin dolores... ¡No quiero que haya sufrimientos en los infiernos!... ¡Ojalá pueda conducir a todos los seres al Nirvâna! ¡Ojalá pueda dulcificar los dolores de las criaturas!... Renuncio a todos los méritos que he logrado, con tal de conseguir el bienestar de todos los seres... Yo cargaré con el peso de todas las culpas. Estoy dispuesto a absorber todos los sufrimientos de todas las formas de existencia inferior... ¡Es preferible que sufra yo solo a que sientan el dolor todos los demás!".

El budismo Mahâyâna predomina en China, Corea, Japón y se basa predominantemente en el "canon sánscrito", en tanto que la tendencia Hînayâna toma como punto de partida los textos del "canon pâli".

En el interior de cada "vía" aparecieron distintas escuelas filosóficas en un intento de interpretar la realidad del mundo y la del sujeto que lo percibe. Simplificando un poco las cosas, puede decirse que las escuelas *Vaibhâshika* y *Sautrântika* corresponden al budismo Hînayâna y que las escuelas *Mâdhyamika* y *Vidjânavâda* pertenecen al budismo Mahâyâna.

La escuela *Vaibhâshika* admite la realidad de la materia, compuesta de átomos, pero niega la realidad del sujeto que percibe, en el que veía un simple agregado de impresiones que nacían de los órganos sensoriales. El alma es una explicación vana e inútil. Sostenían los secuaces de esta escuela que decir "que los pensamientos provienen del alma" era algo semejante a lo que hace el curandero que, después de dar las medicinas que bastan para curar la enfermedad, hace gestos o pronuncia palabras mágicas. Con todo, otorgaban a los estados de conciencia, dentro de su concepción fenomenista, cierta duración.

Con el nombre de *Sautrântika* se designa la escuela de lo instantáneo. El mundo, como conjunto de fenómenos, es una apariencia basada en una vibrante sucesión de momentos. Los estados de conciencia son instantes infinitesimales cuya realidad se reduce a una apariencia. No hay sujeto percipiente que aparezca como base de esa sucesión punctiforme: "El yo asemeja, en realidad, a una hilera de hormigas". Los fenómenos no presentan duración alguna. Son, e inmediatamente ya no son. Cuando algo nace, a la vez muere.

La escuela *Mâdhyamika*, que se presenta como "un camino medio" entre los dos "vehículos", aunque prepara indudablemente la gran floración doctrinal de las tendencias mahayánicas, queda caracterizada como una filosofía de la vacuidad. Los adeptos a la misma declaran que para afrontar convenientemente cualquier cuestión debe recurrirse a la antítesis, a la conjunción de posiciones contradictorias, hasta reducir el asunto a lo que verdaderamente es: un puro vacío. En su formidable gimnasia dialéctica, llegan a desfondar su propia posición: "La vacuidad es una isla segura contra todas las creencias. Ahora bien, conviene no creer ni siquiera en la propia vacuidad".

Otra importante escuela, el sistema idealista *Vidjânavâda*, declara que debe concebirse toda la realidad como un puro ensueño. Todo es pensamiento. El aforismo de la escuela reza así: "El pensamiento es base de todo" (*Âlaya vidjâna*). Ahora bien, ese pensamiento no procede de un sujeto, sino de una actividad, que en el fondo también es ilusoria. Tanto el "yo" como el "mundo" que aquél imagina son un enorme engaño. Precisamente la salvación consiste en liberarse de las falsas apariencias y desligarse así de toda representación, "porque, en el gran océano, no hay siquiera una gota de agua".

A través de las distintas escuelas budistas va mostrándose una curiosa posición para combatir el dolor de la existencia: considerar que ésta no tiene realidad. Solamente suprimiendo la causa se aniquilará el efecto.

Sectas y escuelas entrelazan sus ramificaciones en su impulso interpretativo. ¿Cuál era el "remedio verdadero" señalado por el Buda? Es comprensible la diversidad de puntos de vista. La "supresión del dolor y de sus causas" no es empresa fácil.

J. G. F.





monjes budistas suspendieran sus querellas. El concilio de Patna contribuiría a ello, fijando el orden o canon definitivo de las *Pitakas;* pero, como hemos dicho, estas escrituras debían de estar ya redactadas antes, porque en ellas no se menciona nunca a Asoka, cosa que hubiera sido inevitable de haberse compuesto los textos en esa época o poco más tarde.

Causa pena recordar que la India repudió el budismo ya hace siglos para recaer en las prácticas brahmánicas, ascetismo y mortificación, de las que, como dijo el Buda, por lo menos en la India, no se deriva una gran elevación espiritual. Hasta los modernos hindúes, reeducados en Europa y América, demuestran una tácita hostilidad hacia el budismo, acaso porque no es tan exclusivamente hindú como el deísmo brahmánico o porque no es tan estético como los cultos de Krisna, Siva y Visnú, a los que están entregadas hoy las castas inferiores. Y esto es tanto más triste cuanto que el Buda parecía ser el único que era capaz de poder salvar a la India de la tremenda división en castas y subcastas en que se debatía. El budismo hubiera podido contribuir en gran manera a crear una nación-estado en la India, como hizo el sintoísmo en el Japón y el confucianismo en China.

La historia del budismo después de la muerte de Asoka nos da el triste espectáculo de un empobrecimiento espiritual continuado. El budismo, convertido en religión del dios Buda, fue aceptado por razas extrañas, pero cada día más alejadas del espíritu de su fundador. Millones de tártaros, chinos y mongoles se llaman budistas; el budismo es la religión nacional en Java, el Tíbet y en Cambodge. Los monasterios budistas son numerosos en China, Japón, Corea y Manchuria. Pero, ¡qué budismo!

El budismo corrompido que se profesa hoy en el Extremo Oriente no se contenta con hacer del Buda un ser supremo, siempre meditabundo en el paraíso, antes y después de su encarnación, sino que llena ese cielo de innumerables seres benignos, protectores de los mortales. Por de pronto, como cada cinco mil años aparece un Buda sobre la tierra, los Budas anteriores a Gautama están ya con él en el paraíso y asimismo los Budas futuros. De éstos, el más atento a las súplicas de los mortales es, naturalmente, el próximo Buda, o sea Buda-Maitreya. La blanca figura de Maitreya se encuentra casi inevitablemente al lado de la estatua del Buda en los templos y conventos llenos de ídolos; es mucho más probable que nos escuche Maitreya que no el Buda, que ha conseguido ya el Nirvana.

Además, estos Budas primeros y los Budas futuros se impersonifican en otros seres puramente metafísicos, que son análogos a nuestras virtudes cardinales: Prudencia, Jus-

EL BUDISMO CH'AN O ZEN

El budismo mahâyâna o "Gran Vehículo" adquirió una curiosa modalidad en una derivación que generalmente se conoce con el nombre "zen". Este término japonés procede de la expresión china *ch'an-na*, que a su vez se origina en el sánscrito *dhyâna*. La equivalencia aproximada de estos vocablos puede ser algo muy parecido a "iluminación subitánea".

Según ciertos comentaristas chinos, *ch'an* o *zen* es "algo resbaladizo y redondo que rueda". Sorprendente definición ésta que ofrece solamente una imagen más o menos sugerente y que podría interpretarse como una indicación de las graves dificultades que entraña querer definir, en un plano estrictamente racional, aquella peculiar actitud interior a la que se alude con la palabra "zen".

Teitaro Suzuki, el gran maestro contemporáneo de la doctrina "zen", señala que hay notable inconveniente en dar una oportuna explicación de "zen", puesto que no se trata de una religión, ni de una filosofía ni de una escuela, al menos en el sentido habitual con el que esos vocablos se usan. El autor japonés prefiere caracterizar lo "zen" como una peculiar "experiencia", siempre y cuando dicha "experiencia" se conciba dentro del módulo interpretativo "zen". Lo cual es una forma de escamotear la explicación en vez de darla. Y esto es precisamente lo significativo. No hay explicación. Lo "zen" no es definible.

La leyenda de Bodhidharma, el maestro hindú que, según la tradición, trasladó la "experiencia" a China, es bastante significativa respecto a lo que se ha apuntado anteriormente. Dicen que este Bodhidharma era hombre de extraño aspecto, que en poco se diferenciaba de un necio vagabundo. Apareció por la corte del emperador Wu-ti, de la dinastía Liang, hacia el año 520. Este monarca, aunque al principio favoreció a los confucianos, dio luego un insólito cambio hacia las doctrinas del Iluminado. En un arranque de fervor, redactó incluso un catecismo budista.

Wu-ti, movido por su piedad, recibió amablemente al peregrino que procedía de las tierras del Buda; pero los modales del monje hicieron imposible el diálogo. Cuando el emperador le preguntaba algo acerca de las doctrinas, el maestro decía sandeces. Cuando el soberano le mostraba las obras que había llevado a cabo en pro del budismo, el otro se encogía de hombros y miraba distraído hacia otra parte. Finalmente, cuando el monarca le preguntó acerca de los "fundamentos de la enseñanza", el otro contestó que los fundamentos carecían de sentido: "Todo, todo es algo vacío". Wu-ti lo hizo expulsar de su presencia y asegura la leyenda que el monje partió hacia una cueva, dentro de la cual, cara a la pared, estuvo nueve años en continua concentración mental.

Se admitirá con facilidad que una práctica de este tipo no era cosa fácil, y por eso hay quien afirma que Bodhidharma, alguna que otra vez, caía dormido en el ejercicio de sus ambiciosas austeridades. Para evitar tales caídas, el asceta cortó sus párpados y los arrojó lejos de sí: de este modo, tendría los ojos siempre abiertos. Entonces se produjo el milagro: los párpados se convirtieron en el arbusto del té, otorgado a los ascetas por los dioses, para que con las infusiones de sus hojas se despabilaran. De ahí que los adeptos chinos repitieran: "Ch'an (Zen) tiene sabor de té (ch'a)". Acaso por eso se ha dicho, más de una vez, que "zen" no es un concepto, sino un "aroma".

A pesar de esa ingenua narración, no hay prueba documental de que existiera en el budismo hindú una escuela "dhyâna" que ofrezca características similares a la escuela "zen", aunque podrían hallarse textos –como el *Lankavatara-Sûtra*– en los que se hace referencia a un "despertar instantáneo", sin necesidad de pasar por enojosas y delicadas etapas preparatorias. Por otra parte, la escuela "ch'an" se parece en tantos aspectos al taoísmo, que muchos autores los han presentado como posiciones idénticas.

Por lo que respecta a China, en la última etapa de la dinastía T'ang las doctrinas "ch'an" o "zen" se habían convertido en una de las predominantes manifestaciones del budismo en el imperio y además en un fermento de inspiración para poetas y artistas.

Con el tiempo, apareció dentro de la escuela "zen" una doble tendencia: la rama "de la anécdota" y la rama del "silencio". La primera otorgó especial importancia al *koan* (en chino, *kung-an*), especie de problema o paradoja, generalmente en forma de pequeño diálogo, cuyo objetivo era el de provocar la ilustración interior a través de la perplejidad y el asombro. Esta "rama" señalaba que la fuerza de la iluminación era proporcional al grado de extrañeza provocado por el "koan".

El "koan" es una lección a través del absurdo. No es una enseñanza en el sentido de algo que se halla concluso, sino lección para que el receptor halle "un" sentido, "su" sentido.

Merece destacarse el peculiar valor que los maestros "zen" daban a sus textos, métodos y prácticas. Un día, Huai-yang se puso a frotar ladrillos sentado ante su choza. Alguien le preguntó qué estaba haciendo. El maestro dijo que deseaba conseguir un espejo. "¿Cómo puede obtenerse un espejo frotando adobes?" Huai-yang replicó: "Si frotando adobes no se hace un espejo, ¿cómo podrá lograrse un Buda mediante la meditación?". Asegúrase que, gracias a estas palabras, el discípulo "comprendió".

La escuela del "silencio" veía en los anteriores procedimientos, basados en el "koan", una especie de concesión a quienes no habían sabido llegar. Sostenían que el "koan" era algo artificioso y que sólo provocaba un "transporte" aparente. Según esta rama, la iluminación surge de lo trivial, de lo ordinario, de lo inmotivado. Basta percatarse bien de lo que uno experimenta: "Caminar por el solo hecho de caminar o estar sentado por el solo hecho de estar sentado".

El "satori" o iluminación era, para ambas tendencias, un modo natural de sentir "desde el mismo interior de las cosas", sin dar demasiada importancia a nada, ni siquiera a la iluminación.

Adquieren particular relieve –dentro de las concesiones al método, que a veces se permiten algunos maestros– los "cinco pasos" *(go-i)* que gradualmente pueden conducir a una especial visión.

En el primer paso se debe vislumbrar lo absoluto en lo finito. El segundo paso consiste en percibir lo finito en lo absoluto. El tercer paso supone conocerse como "centro" de esa antinomia envolvente formada por lo finito y lo infinito. El cuarto paso reclama aceptar todas las dualidades y contradicciones como algo natural. El quinto paso requiere "haber llegado y cogido", sin que nada pueda delatar la victoria obtenida, es decir, como si nada hubiese ocurrido.

Con todo, no puede hablarse propiamente de "normas" o "métodos zen". El método, como tal, no sirve. En cierta ocasión alguien preguntó a un maestro "zen": "¿Cuál es el primer principio?". A lo que respondió: "Si te lo dijera, se habría ya convertido en el segundo principio".

Yi-hiuan consideraba que un total negativismo ayudaba a que se alcanzase el espíritu de "vacuidad": "Para poseer buen sentido hay que deshacerlo todo. Si dais con el Buda, destruidlo; si dais con los patriarcas, destruidlos... Sólo así hallaréis la emancipación".

La escuela "zen" aparece, en último término, como una fórmula para lograr una peculiar plenitud interior gracias a la recuperación de una total espontaneidad. Según Fromm, el interés del budismo "zen" puede ejercer una positiva influencia en las técnicas psicoterapéuticas de Occidente.

La civilización japonesa ha asimilado la actitud "zen" hasta convertirla en algo propio. Este "espíritu" impregna la mayoría de las manifestaciones culturales del Japón: desde los cuidados del jardín y del arreglo floral, pasando por el arte de la lucha y de los arqueros, hasta el arte pictórico. Lo auténticamente nipón tiene "aroma zen". Inspirados en los maestros chinos ch'an, los pintores japoneses realizaron admirables obras de pintura dentro del estilo "sumi-e" y, aun hoy, el gusto por el sugerente arte caligráfico –en el que tanto intervienen las pinceladas como los "vacíos"– constituye un rico legado de los monjes, que "sabían introducir el vacío para llenar bien el contenido de las cosas".

J. G. F.



ticia, Fortaleza y Templanza. Los no iniciados no verán en la multitud de imágenes que llenan los santuarios budistas más que ídolos fantásticos y, aunque tengan un íntimo sentido oculto y procuren grandes consolaciones a los creyentes, es claro que estos beneficios no son los que deseaba el Buda para sí y sus discípulos.

El budismo ha tomado diversos aspectos en los diferentes pueblos en que ha arraigado. En Java, Siam y Cambodge se convirtió en la religión del estado y hasta se llegó a naturalizar al Buda con su leyenda local. Hay un Buda de Siam, que es un personaje legendario cuya historia se ha copiado de la de Sakia-Muni. *Stupas* y templos budistas se hallan siempre, en estos países del sudeste de Asia, decorados con relieves de sabor local; son a veces notables manifestaciones de la piedad nacional o del poder de un soberano que, a falta de otra, escogió el budismo por religión. Así, el templo de Borobudur, de Java, y los templos de Angkor, en Cambodge, son acumulaciones fantásticas de piedra que sólo tienen de budista el nombre.

LA EXPANSION DEL BUDISMO

Hinduismo: acaba con el budismo en la India.

TIBET
CHINA
COREA
JAPON

Siglo VII
Siglo I
Siglo IV
Siglo VI
Siglo V
Siglo III
Siglo III
Siglo III a. de J. C.

INDIA

Concilios ecuménicos:
I. Rajagaha (482 a. de J. C.).
II. Vesali (383 a. de J. C.).
III. Pataliputra (247 a. de J. C.).
IV. Bajo el rey Kaniska (siglos I y II).

MACEDONIA
SIRIA
EGIPTO

Misiones: siglo III a. de J. C.

TAILANDIA
BIRMANIA → V. Mandalay (1868-1871).
VI. En 1954-1956.
CAMBOYA
CEILAN

Islamismo: termina con el budismo en la India.

Entre los tártaros y mongoles, el budismo ha trascendido a magia y dominio de las fuerzas naturales. Los budistas de las llanuras del Asia central creen que, por concentración de la mente, pueden llegar a cambiarse las leyes de la naturaleza, obteniendo efectos que parecen milagrosos a los extraños.

Otra curiosa transformación del budismo es la que encontramos en el Tíbet. Llegados por la vía del Nepal a los valles del otro lado de los Himalayas, en el siglo VII, los monjes del Tíbet fueron adquiriendo tantas riquezas y tanto poder sobre la población, que en 1419 las comunidades religiosas lograron imponerse al poder civil, si es que puede darse este nombre a los bárbaros jefes de tribus que pasaban la vida combatiendo incesantemente unos con otros. Hasta hace poco, el Tíbet era un país regido por los superiores de dos grandes monasterios budistas, el Dalai-Lama y el Panchen-Lama; el primero asumió el poder supremo hasta que tuvo que huir de Lhasa, en 1959, ante la presión de los chinos, que gobiernan ahora a través de la autoridad nominal del Panchen-Lama, entronizado en la capital. Los *Lamas*, o maestros, no son encarnaciones de Buda, como dicen a menudo en Occidente las personas mal informadas, sino que les da especial santidad el hecho de hallarse infundidos del espíritu de los Budas, pasados y futuros, que se llama *Avalo-Kitesvara*. Algo de este mismo espíritu está repartido entre los *chutuktus*, que vienen a ser como el sacro colegio del Dalai-Lama. En el templo de Lhasa, que es la capital del Tíbet, hay un trono para el Dalai-Lama, sillas más bajas para los *chutuktus* y asientos inferiores para los otros monjes. Las ceremonias religiosas tienen el carácter de un rito de purificación. Un monje vierte varias veces agua con azafrán sobre un espejo, que simboliza la bóveda celeste. El agua se recoge luego en un jarro y de ella se deja caer una gota en la mano de cada monje, quienes mojan el dedo en el agua santa y se ungen la frente y el pecho, para así purificarse. El resto lo beben devotamente.

Los budistas del Tíbet muestran gran habilidad para multiplicar el número de sus oraciones. En su afán de salmodiar sin descanso, los monjes llegan al extremo de cantar cada uno un verso diferente del mismo himno, y así, en el tiempo de entonar una línea, toda la comunidad ha recitado el himno entero. Nadie podría entender aquella confusión, pero la divinidad lo tiene en cuenta y lo acepta como una ofrenda. Todos los habitantes del Tíbet llevan un rosario de ciento ocho cuentas, y en medio de sus trabajos domésticos, o caminando, recitan las jaculatorias. Como no es preciso que las palabras



Richi entregado a prácticas austeras, según representación en talla de madera del sur de la India (Museo Guimet, París). Los richis eran personajes de la antigua mitología hindú a quienes fueron revelados los himnos de los Vedas. Como a los dioses y a los espíritus, se les rendía un culto especial.

Santuario budista de Boadhnath, en Kathmandu, Nepal. La doctrina de Buda fue transportada al Tíbet en el siglo VII, pero no floreció hasta que, a mediados del siglo IX, empezó a desarrollarse la vida monacal.





Relieve en madera de un carro del sur de la India que representa a la diosa Uchas (Museo Guimet, París). Esta diosa, que simboliza la aurora, fue un tema inspirador de los poetas védicos, que hicieron himnos preciosos para celebrarla. Se la representa siempre joven y atractiva, puesto que nace cada mañana.

sean pronunciadas de viva voz, se usan mecanismos inanimados; los más comunes son simples banderolas de seda atadas a la punta de un palo, enhiesto en los collados o lomas, para que las agite el viento. Se llaman "árboles de la Ley", y a cada ráfaga de aire la bandera se extiende, dejando ver un letrero con una frase bordada en la seda. Los textos son cortos; el más frecuente es una exclamación que dice: "¡Qué bella joya es el loto!", entendiéndose por loto la fuerza creadora del universo, sobre la que está sentado el Buda. Como se ve, estas devociones no carecen de originalidad y en algunos casos pudieran producir efectos de elevación moral; pero, por culpa de sus monjes budistas, o por otras causas, el Tíbet no fue precisamente un estado ejemplar.

El budismo llegó a la China por la vía indirecta del Afganistán y la Bactriana, por la cual se hacía el comercio de la seda. Las etapas de penetración del budismo son bien conocidas desde que se han estudiado los oasis del desierto central del Asia. Allí hacían provisión de agua las caravanas; allí aparecen imágenes budistas, mezcladas con restos del culto semicristiano de los herejes nestorianos.

Los anales chinos cuentan que, en el siglo II a. de J. C., una misión de la India fue enviada a la China, llevando allí reliquias y escrituras budistas. En cambio, ya el año 62 de nuestra era una embajada china marchó a la India con el mismo objeto. Pronto los libros fueron traducidos, y conventos budistas fueron apareciendo en los lugares más pintorescos de la China. Monjes chinos se trasladaron en peregrinación a la India y Ceilán; conservamos los relatos de los viajes de dos de estos peregrinos chinos, uno del siglo IV y otro ya del siglo VII. Son dos itinerarios importantísimos para la historia del budismo hasta en la India. Algunos conventos se encontraban ya desiertos, y las disputas de las sectas habían hecho posible la restauración de los antiguos cultos hinduistas. Por ejemplo, el peregrino chino del siglo VII nos dice en su itinerario que, cuando su visita, había ya en Benarés cien templos

hinduistas y sólo cuatro monasterios budistas. Kapilavastu y otros lugares santos se hallaban muy descuidados y otros en completa ruina.

El budismo ha procurado a la China un cielo plástico –casi diríamos tangible– que no se encuentra en la moral ceremoniosa de Confucio. Además, el budismo introdujo en China la vida monástica, a la que pueden acogerse todos aquellos espíritus superiores que no se conforman con el círculo cerrado de la familia y el clan, donde se ahoga el individuo en la China clásica. En el monasterio budista, el hombre tiene que sujetarse a cierta disciplina, al ayuno y la oración, pero su alma está libre; el monje se halla solo en medio de sus compañeros y piensa por su cuenta, vive para él, no para sus antepasados ni sus descendientes.

Todos los que han presenciado las ceremonias de los monasterios budistas de China y Ceilán convienen en que son en alto grado impresionantes; especialmente la que se celebra para la admisión de neófitos debe sorprender por su gravedad. El postulante, vistiendo como de costumbre, se presenta ante el capítulo de los monjes, que están sentados sobre esteras. Por tres veces pide ser admitido, "para escapar al dolor y conseguir el Nirvana". El monje que preside ata entonces al cuello del neófito las ropas monacales y le recuerda su naturaleza mortal; éste se retira para cambiar de ropa, y al volver se hinca de rodillas delante de la comunidad y pronuncia, por tres veces, los siguientes votos: "Voy a la Orden por refugio; voy a la Ley por refugio; voy al Buda por refugio. Hago voto de no matar a ningún ser vivo; hago voto de no robar; hago voto de castidad; hago voto de no mentir; hago voto de no beber licores alcohólicos", etc. Como prenda de su admisión, el neófito recibe la escudilla con la que saldrá cada día a mendigar su comida.

El budismo llegó a tener tal arraigo en China, que en el siglo IV fue por algún tiempo la religión oficial y hasta se ordenó la quema de los libros de Confucio. De China pasó el budismo a Corea y al Japón, donde ha subsistido con relativa pureza hasta nuestros días.

Algo de los principios morales del budismo ha trascendido al Occidente. Ya mencionamos la curiosidad que despertaron los ermitaños o "sabios del bosque" a los que iban en la expedición de Alejandro. Es muy posible que éstos fueran más bien doctores de la ciencia brahmánica, pero después consta que llegaron misioneros budistas hasta Alejandría. Sin embargo, lo más trascendental para la mentalidad europea son las ideas budistas de la renunciación y, como corolario, la fe en el estado de paz mental obtenida en las prácticas de la Ley del Justo, medio que aparta de la vida activa.

Ha habido, y existen todavía, grupos de budistas ingleses y americanos a quienes la doctrina budista ha llegado a través de textos religiosos que fueron traducidos en parte de las *Pitakas,* pero, sobre todo, de las lecciones que se encuentran en los poemas épicos *Ramayana* y *Mahabharata,* en los cuales los héroes, al combatir, repiten profesiones de fe budista convencidos de las bienaventuranzas que esperan por su fe, tan contraria a nuestro cristianismo práctico. Precisamente uno de los cantos de la epopeya hindú, el *Bhagavad-Gita,* lleno de espíritu del Buda, ha sido traducido a todas las lenguas y forma parte del tesoro literario de toda la humanidad.



Escultura del siglo IX de una diosa con un niño en brazos, procedente del norte de la India (Museo Guimet, París).

BIBLIOGRAFIA

Adams-Beck, L.	*Le Bouddhisme au Japon,* París, 1964.
Arvon, H.	*El budismo,* Buenos Aires, 1961.
Bacot, J.	*Le Bouddha,* París, 1948.
Bareau, A.	*Recherches sur la biographie du Bouddha,* París, 1963.
Conze, E.	*Le Bouddhisme dans son essence et dans son développement,* París, 1952.
Coomaraswami, A. K.	*Buddha and the Gospel of Buddhism,* Bombay, 1956.
Chang-chen-chi	*Practique du Zen,* París, 1960.
David-Neel, A.	*Le Bouddhisme,* París, 1960.
Fatone, V.	*La filosofía en la India,* Buenos Aires, 1942.
Filiozat, J.	*Dans le pas de Bouddha,* París, 1957.
Houang, F.	*Le Bouddhisme de l'Inde à la Chine,* París, 1963.
Humphreys, C.	*Le Bouddhisme,* París, 1961.
Lamotte, E.	*Histoire du Bouddhisme indien,* Lovaina, 1958.
Percheron, M.	*Buda y el budismo,* Madrid, 1959.
Renou, L.	*Anthologie sanscrite,* París, 1947.
Roger Rivière, J.	*El pensamiento filosófico de Asia,* Madrid, 1960.
Suzuki, D. T.	*L'essence du Bouddhisme,* París, 1955.
Suzuki, D. T., y Fromm, E.	*Budismo Zen y psicoanálisis,* México, 1960.
Thapar, R,	*A History of India,* Middlesex, 1966.
Watts, A. W.	*El camino del Zen,* Buenos Aires, 1961.



Estatuilla de la diosa Tara, del siglo IX (Museo Guimet, París). En el incongruente pabellón hindú, Tara es la diosa, esposa de Siva, que nació de sus propias lágrimas.